

colección
Los días terrestres
(narrativa)
XXXVII

© del texto: Luis Carlos Azuaje

© ilustración de portada:

© de esta edición: **EDA Libros**

c/ Pinsapo 15, Local 11
29639 Benalmádena Pueblo, Málaga
Teléfono: 952 448 420
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.: 978-84-92821-90-7

Depósito legal:

Luis Carlos Azuaje

El gran farsante



Benalmádena, Málaga, España, 2018

EL GRAN FARSANTE



NOTA

Me veo en la obligación de señalar que esta obra es producto de la ficción para evitar sanciones legales. Como si fuera un certificado de buena fe, de que he obrado bien. Como si el mundo necesitara un recordatorio de la diferencia esencial entre la Historia y la Literatura, o dicho de otro modo, entre los hechos y los juicios de valor. Como si el hacer esta aclaratoria salvara al joven en el que está inspirada de pagar una condena absurda en un país donde los poderes han sido secuestrados.

A Carlos Azuaje, mi viejo

Incluso aunque me llamen farsante soy un gran farsante porque expuse lo que está pasando en el Gobierno y el sistema.

THAMSANQA JANTJIE

(intérprete de signos del funeral de Mandela)

1.

El cuerpo de Fabricio Ojeda en su celda colgado de una cuerda amarrada al cuello, su espalda recostada de una persiana y sus pies empecinados tocando el suelo, es una señal inequívoca de que el suicidio fue sólo una teoría absurda de sus victimarios. El cuerpo inflado del profe Alberto Lovera, dirigente del Partido Comunista, a quien los esbirros habían desaparecido y un pescador incauto encontró en una playa de Lecherías, abrazado con cadenas de hierro y candados y un pico clavado en el pecho, es la postal perfecta que nadie quiere ver, el retrato amargo de lo que fuimos. El cuerpo de Donato Carmona, joven rebelde, le hicieron cavar su propia tumba y él dijo que no cavaría la tumba de nadie como no fuera el Partido Comunista el que se lo pidiera. Lo enterraron vivo.

Los tres tenían algo en común: eran contestatarios y sus cuerpos obstinados se negaron a desaparecer. ¿Cuánto pesaban entonces sus almas?

2.

Martes 26 de abril del año 2013. Centro Penitenciario de Coro. Así se llama esta cosa o así la hacen llamar. Mi nombre es Junior Mata y mi historia empieza en esta cárcel de la ciudad de Coro, donde estoy arrestado por aparecer en algunos espectáculos públicos interrumpiendo a quienes, se supone, tenían cosas muy importantes que decir.

3.

Me trajeron aquí por un acto de desobediencia civil sin precedentes. Verán, un día cualquiera del mes de abril (pongamos que era el 19), se me ocurrió meterme en la Asamblea Nacional; un día cualquiera en un país donde la primavera es apenas una licencia poética hueca o una marca de papel sanitario. Ese día era el acto de juramentación del recién electo presidente de la República. Estaban colocándole la banda presidencial cuando yo me atravesé, justo cuando iba a empezar su discurso, y le quité el micrófono.

Las cientos de personas que esa tarde llenaban el recinto para celebrar la victoria del partido de gobierno quedaron atónitas, no sabían cómo reaccionar, si aplaudirme, si abuchearme, así que optaron por un silencio encubridor y artificial. Luego empe-

cé a gritar que mi mamá necesitaba una casa (lo cual es cierto, su casa se está viniendo abajo) y al final grité: ¡Que viva Chávez!, en alusión al líder máximo de la Revolución; pero eso no pudo evitar que me sacaran a patadas del recinto.

Después sufrí un proceso judicial espinoso, lleno de vericuetos, con una abogada disléxica y un juez, imagino, de origen paquistaní —a la vista de su conocimiento de las leyes venezolanas y la jerigonza incomprensible con que nos mareó—. El resto es esta pocilga, un olor muy penetrante a orines y un grabador de última generación donde puedo reciclar mi voz infinitas veces hasta quedarme dormido.

4.

Es difícil explicar por qué si no tengo ni comida llevo un inútil grabador; un aparatico horroroso, cubierto de garabatos chinos, sofisticadamente aburrido y cuadriculado, que justifica su existencia reproduciendo mi voz lo más exactamente parecida a la de un gato que pueda imaginarse. El aparatico me lo obsequiaron en el camino después de otorgarme la privativa de libertad en tribunales. El sujeto que me lo dio no tuvo problemas con el encargo, los guardias que me llevaban no dijeron ni mu. Sin embargo, no pude verlo. Todo pasó muy rápido.

Aunque hay esperanzas de que pueda salir pronto, según afirma mi abogada, el alimento aquí es es-

caso, mi celda no es una celda sino una mazmorra y lo más parecido a una visita que he tenido en los últimos días ha sido una familia de ratas que tiene su madriguera en alguna parte de este inhóspito lugar. La verdad es que apenas si puedo ver dónde estoy. La luz llega a cuentagotas a través de una diminuta ventana que al parecer nadie ha lavado desde su construcción y que, presumo, no ofrece una vista que valga el esfuerzo de abrirla.

El lugar es como una caverna, con las paredes de ladrillo mal frisado y un intento de pintura blanca que nunca cuajó y deja entrever en su superficie las huellas de miles de prisioneros formando una patina de sudor y tierra sobre la que se proyecta, como un gran cuadro abstracto, una surtida variedad de hongos.

En la caverna me hacen compañía un inodoro *kitsch* sin tapa, sepultado de firmas y grafitis poéticos, y una cama de resortes cóncava, casi como una hamaca, pero con un colchón perforado encima y más incómoda.

Todo lo que sé del mundo exterior me llega a través de un gracioso guardia nacional carirredondo y pequeño que viene a verme cada cierto tiempo, como para asegurarse de que no he huido, consciente de mis increíbles habilidades de escapista puestas a prueba en plena Asamblea Nacional, donde lo que me faltó fue darle un beso al presidente y colgarme la banda presidencial. El gordito dice sentirse incómodo con la decisión de dictarme privativa de libertad, “eso es un exabrupto”, señala en un español ampuloso que parece haber sacado de algún diccionario colonial, “nadie merece ir a la cárcel por pegarle un susto a otro”.

En eso evidentemente estoy de acuerdo con él. Sin embargo, se me acusa de “ofensa agravada al Jefe de Estado y asociación para delinquir”, lo cual, no hace falta decirlo, luce desproporcionado.

Aunque es habitual que escriba —llevé un diario por algunos años y de vez en cuando me gusta garrapatear poemas de amor—, no es fácil escribir por encargo. Quizá pierda el tiempo contando esto pero igual lo haré, necesito despejar la mente un poco.

Me explico: estas notas no son fortuitas, no hay nada más planeado que esto que les cuento. Sé por ejemplo que debo hablar sobre mi infancia. Me exigen que hable de una niñez traumática, de abusos y de intentos de suicidio. Me piden que les cuente de mis dotes de asesino y hasta quieren que hable de mis alucinaciones persecutorias.

Un agente literario que trabaja para una prestigiosa editorial, apenas tuvo noticia de mi encarcelamiento corrió a ofrecerme una importante suma de dinero a cambio de que contara la historia de mi vida. Lo primero que me preguntaba era cómo haría para escribir una novela en una celda de luz tan escasa que debía hacer esfuerzos para verme los dedos de los pies. El agente, sin que se le moviera un solo cabello, añadió en seguida: “El tema de las comodidades está resuelto”. Entonces pensé que iba a llegar a una suite extravagante reservada para gente famosa —líderes políticos, jefes de la mafia o estrellas de televisión—, pero llegué a este cuchitril especialmente preparado con aroma de heces fecales.

La editorial no pudo llegar a un acuerdo con el director del centro penitenciario que me produjera

el beneficio de dormir en una cama confortable, con almohada y un televisor, pero logró algo que no me viene tan mal después de todo y que, en cierto modo, agradezco: mantenerme vivo. Luego, por decencia, me regaló una lamparita de mesa que tuve que amarrar a la cama con los cordones de mis zapatos.

Pero la pregunta de por qué este sujeto asumía con tal convicción que yo era capaz de escribir algo como una novela —incluso, que sería capaz de escribir cualquier cosa—, me produjo no pocos dolores de cabeza. Aunque luego entendí que el agente no estaba preocupado por las cualidades estéticas y literarias de mi biografía. Más bien creo que le interesaba saber si había sido violado cuando niño y cosas como esa, que lo dijera en papiamento o en árabe le traía sin cuidado.

Verán, esta editorial es de alguien importante, alguien que tal vez maneja mucha información y a quien prefieren tener de amigo. En este mundo moderno todo es posible, incluso una red mafiosa dirigida por libreros. Según el agente literario —un tipo jipato y enclenque, con voz aflautada, lentes enormes y muchos huecos en la cara, así como uno se imagina que debe ser un agente literario—, yo debería estar muerto. Me preguntaba indignado que cómo se me había ocurrido abrazar al presidente de Venezuela en pleno acto de juramentación, me decía que si no era preferible tirarme de un décimo piso o saltar sobre una cerca eléctrica.

Yo le respondí que me había preparado toda mi vida para eso y que no faltaría a una promesa por nada en el mundo. Me preguntó que una promesa

a quién y yo desvié la conversación con plegarias invocadas al vacío.

Llegamos a un acuerdo, si se puede llamar así al acto instintivo, casi animal, de asentir a todo con tal de lograr la prometida libertad. El acuerdo sería hablar de mi historia —toda la historia, incluyendo las ridiculeces que uno hace de niño—, a cambio de mi vida.

Aunque fuera todo un engaño y mi vida no estuviera en peligro, no podía arriesgarme a rechazar una propuesta como esa si no tenía la certeza de que nada iba a sucederme. Y la verdad es que pensando en la gravedad del asunto comencé a preocuparme de que el agente tuviera razón.

Quizá sí era bastante delicado lo que había hecho y eso le daba, por otra parte, un valor añadido a mi proeza y me dejaba un sabor agridulce, de satisfacción y miedo, de ánimo y cargo de conciencia, difícil de borrar. Esta oferta no podía ser el resultado de otra cosa que de la fama y eso es por lo que he vivido siempre. Pero la fama también duele.

El dinero puede ser muy útil en este cuchitril. Para mantenerme con vida debo entenderme con un sujeto apodado el Pabilo. Se encarga de que los habitantes de las celdas vecinas dejen de lanzar sus excrementos hacia la mía (un gesto que agradezco profundamente); me permite tener comunicación, aunque sea esporádica, con el mundo exterior por medio de un teléfono celular de su propiedad; y que mi comida llegue completa y a la hora acordada. Lo que quiere decir que el dinero que me da la editorial sólo sirve para ganarme la vida en el penal o, si prefieren, contribuir con la bonanza de el Pabilo (desde

ahora sólo Pabilo).

Tampoco sé qué harán conmigo después de esto. Quizá les importe muy poco o nada lo que pueda pasarme ¿De qué puedo servirles una vez que he revelado las razones por las que hago lo que hago en público, una vez que he contado quién soy?

Ahora quieren que cuente más sobre mi primo José, quien comparte conmigo esta predilección por la farándula y quien, igual que yo, no presume de tener demasiados talentos. Quieren que hable del tío Mario, su padre, como un depravado que abusaba de él (y que por eso se había fugado de casa para no volver jamás), y hasta me han dotado de buena luz y una computadora portátil para que pueda escribir si ya no deseo hablarle más a esta grabadora idiota que cargo conmigo desde que sabían que yo iba a prisión, el 22 de abril, unas horas antes de la defensa pública ante la fiscal del Tribunal Octavo de Control del Área Metropolitana. Nunca imaginé que la grabadora era un indicio, una señal de lo que estaba por venir. Pensé que me la habían dado porque se trataba de alguien importante y querían tener la noticia de primera mano. Uno no se pone a discutir con quien te regala cosas, uno las acepta y ya.

En el juicio no tuve defensa, sólo mi mamá que intentó agarrarse a puños con la fiscal y fue detenida en el acto. Nada más. Lo grité a los medios de comunicación como pude mientras me ingresaban en un carro espantoso que parecía una carroza fúnebre y que al parecer era del Sebin (Servicio Bolivariano de Inteligencia Militar)

Afuera todos esperan noticias de mí.

5.

Claro, aunque no es la primera vez que estoy en prisión, mi experiencia en este apestoso recinto me dice que la próxima vez que quiera hacer una escena de estas en televisión podría utilizar métodos más eficaces como contactar con un productor importante o concursar en un reality show.

Pero la verdad es que siempre he preferido las emociones fuertes, la sensación de peligro, el vértigo que produce un espectáculo de masas.

Además, si algo me ha quedado claro en este tiempo que llevo intentando aparecer en televisión es que a estos cazatalentos no les interesa la gente como yo. Les interesa sobre todo la gente blanca, rubia, de bocas pronunciadas, casi sin nariz, con los ojos achinados y el cutis de durazno. O sea, lo que ellos quieren no existe, hay que fabricarlo. Puede ayudarte también el poseer un armario amplio y surtido, algún talento innato para el canto o el baile, una vida privada —no muy privada— y preferiblemente polémica, y mucho descaro y atrevimiento a la hora de afrontar a los presentadores. Yo soy un animador nato, un *entertainer*, sólo que hasta ahora no he logrado que nadie se fije en mí. La tele es una lotería.

Con el tiempo me he dado cuenta de que lo único que hacen con la gente como yo en estos programas de TV es burlarse. Primero te invitan haciéndote creer que su programa es la antesala a Hollywood, que hay que suicidarse o poco menos si no te presen-

tas aunque sea por unos segundos, y luego te lanzan a una piscina llena de alacranes, te bañan en pintura y te empanizan con cal, mientras un montón de focas en el público ríe hasta caerse al suelo.

Al final todos los concursantes sonríen con admiración y agradecen los minutos de fama. Yo habría dado lo que fuera por aparecer en uno de esos programas pero nunca tuve la oportunidad cuando de verdad la quise. Luego me dejé de cursilerías y creé mis propias oportunidades, las hice a mi medida.

Logré llamar la atención de los productores aunque por vías que muchos aún me reprochan.

Todo comenzó en Ciudad Ojeda cuando yo tenía apenas ocho años y José contaba con tres y nuestras madres decidieron criarnos juntos, unas veces porque no tenían con quién dejarnos, otras porque así podíamos compartir la ropa, los útiles escolares y hasta la comida, y evitarse gastos extras. Mi mamá era muy hábil, siempre que la tía Lucrecia (la mamá de José) lo dejaba en la casa, se iba todo el día a alimentar los traganíqueles en el casino o apostar a los caballos en el bar Tanasio, un tugurio escondido entre la madeja de ranchos del barrio, apenas visible por un anuncio de neón rojizo que parpadea la palabra R-E-S-T-A-U-R-A-N, sumergido en una neblina de mosquitos.

El cuadro del bar lo componen dos paredes rústicas de un vinotinto desteñido y una inmensa puerta de metal, custodiada por un sujeto mitad humano mitad búfalo, cuyo único amigo es un taburete que lo acompaña en esa puerta desde que nació (porque

siempre he creído que ese hombre nació allí).

Al tugurio Tanasio acude mi madre impulsada por la fantasía del dinero fácil. Lo hace con los ahorros de la tía Lucrecia —porque definitivamente mi mamá cree en la ley del mínimo esfuerzo, aunque no se puede decir propiamente que es una ladrona sino una increíble administradora del dinero ajeno—. Ella se lo entrega ingenuamente todas las semanas para colaborar con los gastos, mientras nosotros comemos pan con avena día y noche y nos inmolamos por la remota probabilidad de hacernos millonarios con un golpe de suerte.

Ahí, en nuestra pequeña casa del barrio Libertad, empezamos José y yo a jugar con lo primero que encontrábamos. La verdad es que teníamos muchas opciones a juzgar por el chiquero donde vivíamos.

Estaba la tele siempre en primer lugar. Mi delirio era ver Venevisión por las mañanas, Radio Caracas por las tardes y Televen por las noches. Veíamos telenovelas, programas de concursos, de humor, los premios Óscar, la alfombra roja y, por supuesto, el Miss Venezuela.

Recuerdo que una noche, viendo el espectáculo de las misses, José me dijo que quería estar allí. Lo único que quería era colocarse la corona de Miss Venezuela. Afortunadamente, su complejo no era el de querer ser mujer sino simplemente llevar la corona. Y no es que tuviera tampoco fantasías monárquicas porque no era cualquier corona sino esa que llevaba la Miss Venezuela y que lucía con orgullo después de haber vencido a más de veinte candidatas, varios jurados infames y el presidente de la firma, una es-

pecie de Hugh Hefner criollo, el padre de la patria, Omer Morsa.

Y, bueno, lo de la tele nos lo tomábamos muy en serio. De allí viene nuestro deseo de ser actores, pero más que actores queríamos ser importantes.

No cambiar el mundo, solamente crear uno donde viviéramos a gusto y en primera fila.

La otra atracción eran los libros. Mi padre no era un estudioso ni mucho menos, era un albañil que pasaba el día trabajando y de noche bebía cerveza en cualquier taguara hasta salir arrastrado. Pero mi tío Mario sí tenía un oficio más intelectual: practicaba la fe religiosa. Nunca he sabido a ciencia cierta qué clase de religión practicaba pero lo que sé es que en la ciudad tenía fama de ser adivino y hasta obtuvo una especialización en parapsicología o algo por el estilo. Aprendió a hacer hipnosis y algunas veces me usaba como conejillo de Indias y de verdad lograba, por un instante, tener control de mi mente.

Lo cierto es que el tío Mario era un buen lector y dejaba revistas y libros en la casa para que yo pudiera mirarlos en los ratos de ocio. Los dejaba abandonados en el baño, que era el lugar que yo frecuentaba más en casa después del sofá, donde pernoctaba viendo la tele. Ahí podía pasar horas devorando los fascículos de la *National Geographic* o el libro *Guinness*, también los libros raros que siempre dejaba por error: textos religiosos de ritos ocultistas, magia negra y comida naturista. Si algo tenía el tío era su libertad a la hora de escoger un buen libro. Fue en el baño donde me inicié en la lectura de comics y animés, que se convertirían luego en mi pequeño vicio.

Mi mamá estaba segura de que yo me iniciaba en otra cosa. Nunca logré convencerla de lo contrario.

A pesar de todo, la gente cree que soy bastante idiota. Tal vez creen que no tengo ni idea de lo que pasa en el mundo o dónde estoy parado o cómo se cocina un huevo. Seguramente es por mi manera de hablar. Nunca he sido un gran orador. En parte se debe a que, en los eventos, apenas agarro un micrófono, debo salir corriendo para evitar ser derribado por el personal de seguridad, todo eso mientras intento saludar a mi mamá y a mi familia y aprovecho para solicitar alguna vivienda o cuando menos una lavadora.

Los que piensan que soy idiota es porque asumen que lo que hago no tiene ningún sentido, que es sólo malcriadez o tal vez locura. Y después de todo, pienso que tienen razón, hay un poco de insensatez en lo que hago. Las mejores cosas provienen de la insensatez, del riesgo, de lo que parece imposible, incluso del error. Los insensatos e irreverentes son los únicos capaces de cambiar el mundo. ¡Además les fascina mirar cómo burlo al personal de seguridad y me mimetizo con el alto mando militar! Al día siguiente salen diciendo que tal vez me faltó mano dura cuando niño o que debería estar encerrado en un manicomio. Nada de eso es verdad. Lo único que quieren es mirarme, mirarme todo el día, saber de mí, de mis hazañas. No se imaginan la cantidad de gente que me agregó el día que abrí twitter o cuando aparecí en wikipedia. Tengo más seguidores que Óscar de León.